la tenía, mandando poner esta imagen á la cabecera de su cama, y demás de eso una escofieta de lienzo del Padre, que con instancia pidió S. E., y al Padre Rector, que le llevó estas dos reliquias, dijo: «El P. Dr. Pedro Sánchez me ha tratado con particularidad y familiaridad más de treinta y cinco años, y quitadas las primeras entradas de cortesía, siempre me ha tratado de Dios y de lo perteneciente á la salvación de mi alma;» haciendo grave ponderación y estimación este Príncipe de la perfección y santidad del venerable P. Dr. Pedro Sánchez; mostrándose bien en todo lo referido cuánto honra Dios á sus amigos que deveras le sirvieron y amaron. Y por remate de esta relación, me pareció no dejar de poner aquí una que testificaron algunos Religiosos, Hermanos nuestros, que los años postreros de su enfermedad asistieron y sirvieron al P. Pedro Sánchez, cuya relación, junta con la de su vida, dejó escrita el P. Dr. Pedro de Morales, y la relación es la siguiente:

«Lo primero la comida, aunque por su cansada vejez y enfermedad era en su aposento, nunca sin lección espiritual muy atenta y rumiada, advirtiendo á veces al lector del espíritu oculto y encerrado en lo que se leía. Segunda, el trato con Dios, con la Virgen y con los santos, ordinario, familiar y amoroso, tan llano como si tratara con amigos presentes, y con tanto gusto que con él vencía cualesquiera dolores que padeciese, y sólo le quedaba dolor de perder la ganancia que pudiera tener, llevándolos con alegría y paciencia. Lo tercero, gran devoción que tenía con el Sacrificio Santo de la Misa que siempre decía ó la oía; y en la enfermedad última, el día del glorioso Santo Tomás, faltando quien la dijese, él, con los dolores de la orina que le acabaron, la dijo con el afecto mismo que en los suyos el Papa San Gregorio. Lo cuarto, esta misma devoción tuvo con el Sacrificio cruento de Cristo Nuestro Redentor, en cuya memoria y veneración, aun enfermo en la última Cuaresma, ya que los médicos le obligaban á comer carne, á lo menos se abstenía de manjares regalados, y la Semana Santa de todos aquellos que á los sanos la santa Iglesia prohibe, sintiendo singular devoción y moción al tiempo que Cristo Nuestro Redentor estuvo pendiente y clavado en la Cruz. Lo quinto que notaron nuestros Hermanos en el P. Pedro Sánchez, fué una petición ordinaria y constante del amor de Dios Nuestro Señor, tierno y fervoroso por intercesión de la Santísima Virgen, en cuya demanda decía que había cincuenta años que andaba sin haberlo conseguido, pero que no había de desistir de esta pretensión hasta la muerte. Y buen argumento fué de haberlo alcanzado un gran temor de Dios, con que no fiando de santidad de ochenta años, escrupuleaba en cosas muy menudas y huía de la sombra de los peligros, escarmentando, como él decía, en las caidas lastimosas de hombres que, después de gozadas las delicias del Paraíso en la casa y trato de Dios, se revolcaron en el cieno de los vicios; y por haberle una vez tocado la mano, aunque casualmente, el Hermano su compañero, lo reprendió severamente. Lo sexto, agradecimiento singular á los beneficios divinos que contaba muy por menudo, poniéndose muy despacio á contar lo que habría Dios gastado con él en el sustento de tan larga vida. Lo séptimo que se observó en el P. Pedro Sánchez, fué un gran menosprecio de sí y de las cosas del mundo, y estima del estado religioso, que decía estar reservado para los íntimos amigos de Dios, diciendo de sí que no era

más que una alma cargada de un jumento, y al mundo y á sus príncipes trataba como á inferiores de la Religión, y repetía muchas veces aquello del santo Job: *In nidulo meo moriar et sicut palma multiplicabo dies.* Lo octavo que en él se observó, fué, que con sus Superiores comunicaba todo lo que pasaba por su alma y se confesaba con ellos para que enteramente les fuese manifiesta, por cuyas manos quiso pasase su muerte, así como había puesto en ellos los años dichosos de su larga vida; con este afecto abrazaba las medicinas más difíciles que nunca había probado, y quería que se les consultasen, fiando más de la obediencia que de la medicina. Finalmente, por la Pascua del Espíritu Santo se notó en el Padre una grande y extraordinaria avenida de consuelo y sentimiento de las cosas divinas, que le duró por ocho ó diez días, con tanto raudal y abundancia, que le absorbió el sentimiento de muchos y graves dolores que padecía. Y en esta ocasión fué cuando él confesó haber recibido de Dios Nuestro Señor más en aquellos pocos días que en cincuenta años de Religión, con haberse sabido que siempre había sido visitado é ilustrado de Dios.» Hasta aquí la deposición de los que muy de cerca trataron á este varón, que murió de ochenta y un años, verdaderamente en todo grande; en los dotes del alma y del cuerpo grande, su disposición era de alta estatura y aspecto venerable, juntamente apacible y alegre y que conciliaba amor. Y en breves días que yo le comuniqué y traté, eché de ver ser verdaderas las cosas grandes que se contaban de personas que escogió Dios para que tan felizmente fundase en el extendido Reino de la Nueva España la Compañía de Jesús. El P. Eusebio, en la vida que escribió del bienaventurado Padre San Francisco de Borja, hace honorífica relación de la ida á la Nueva España del P. Dr. Pedro Sánchez, y de cuán felizmente fundó en ella nuestra Compañía, en el libro tercero, capítulo once, y el P. Felipe Alegambe en su Biblioteca.

CAPITULO XIV.

Vida y muy religiosas virtudes del venerable P. Nicolás de Arnaya, Provincial que fué de nuestra Provincia de Nueva España, con otros muchos oficios que ejercitó en ella.

Por muchos y varios títulos debemos hacer memoria y relación de la vida de este venerable y religiosísimo varón, en historia de nuestra Mexicana Provincia, porque la edificó con sus virtudes, la gobernó con su prudencia, trabajó en ella con grande celo de la salvación de las almas; y finalmente, habiendo vivido en ella por tiempo de treinta y ocho años, remató el curso de su religiosísima vida, y por medio de su dichosa muerte, fué á gozar del premio de sus grandes virtudes y ejemplos. Fué natural de Segovia y vino á esta Provincia de la de Toledo, ya ordenado de Sacerdote, el año de 1584, en compañía del P.

Antonio de Mendoza, que venía por Provincial de la Nueva España, y como ya el P. Nicolás de Arnaya traía acabados todos sus estudios en nuestro Colegio de Alcalá, habiendo sido en el siglo colegial artista en uno de los Colegios de esta Universidad, y venía ya ordenado de Sacerdote, y tenido su año de tercera probación, pudo muy bien, en llegando á nuestra Provincia, ejecutar los deseos que le habían traido de España á las Indias, de emplearse sólo en ayuda de la salvación de las almas, y muy en particular de los pobres indios. Y como el principal medio para hacer fruto en ellos é instruirlos en la doctrina y misterios de nuestra santa fe y cristianas costumbres, ha de ser hablándoles y predicándoles en su lengua, él, con su fervoroso celo, se aplicó desde luego á este santo trabajo y aprendió las dos lenguas más generales de este Reino, que son la mexicana y la otomí, no obstante que esta segunda es la más dificultosa de las que en él se hablan y aprenden; y en una y en otra, con su mucho espíritu, ayudó á los indios é hizo mucho fruto en ellos, en particular los primeros años que estuvo en esta Provincia.

Pero reconociéndose en el Padre sus muchos y buenos talentos de letras, prudencia y gobierno, lo ocupó la santa obediencia otros muchos años en ministerios y oficios de mucha importancia. Fué Superior de las Casas de Guadiana y San Luis de la Paz y Visitador de las misiones de Parras y Tepehuanes; después fué señalado por Rector de Tepotzotlán y juntamente maestro de novicios, en que se ocupó seis años; de aquí fué por Rector del Colegio del Espíritu Santo de la ciudad de los Angeles, y estando ejercitando este oficio, se juntó Congregación Provincial, en que fué elegido por Procurador á Roma de esta Provincia, en ocasión que habiendo muerto N. P. General Claudio Aquaviva, se halló en la Congregación séptima General, y á la elección de nuestro P. Mucio Vitelleschi, el cual, reconociendo las buenas partes y talentos del P. Nicolás de Arnaya, á la vuelta para su Provincia le nombró por Provincial de ella, que fué oficio en que duró por tiempo de seis años, y el último de los que ejercitó en la Provincia, porque éste acabado, y habiéndose ocupado por tiempo de tres meses en el Colegio de México, en el oficio de Prefecto de cosas espirituales, en este tiempo se le llegó la hora de su dichosa muerte, acompañada de los merecimientos que en el discurso de su muy religiosa vida tenía adquiridos con el ejercicio de sus muy religiosas virtudes.

Y comenzando por la de su humildad, ésta lo primero mostró el Padre en el sumo silencio y recato que siempre guardó en tratar de cosas propias, con haber pasado tantas por su persona así en sus ejercicios interiores y espirituales, como en los oficios en que le ocupó la obediencia y obras de su estudio (de que después hablaremos), nunca habló de semejantes materias, antes si alguno le trataba de ellas, se manifestaba en él un natural encogimiento y modestia, con que mostraba sentimiento de que se le atribuyese cosa de propia alabanza. Y este grande silencio del Padre, fué también causa de que no tuviésemos más plena noticia de sus grandes virtudes y dones que de mano de Dios recibía. Esta misma humildad mostró en aplicarse tan deveras luego que llegó de España al ministerio y ayuda de los pobres indios, aprendiendo con tanto cuidado sus lenguas, y ayudándolos no sólo con su doctrina, sino en las cosas corporales y necesidades que se les ofrecían; sobre este seguro fundamento se levantó el edificio de las

virtudes principales del Religioso. Porque en la pobreza se esmeró tanto, que como hijo de tal Padre, guardó la Regla que nos dejó en las Constituciones nuestro Padre San Ignacio, estimando y amando esta virtud santa como á madre. Siendo Rector de uno de los Colegios que dijimos tuvo á su cargo, andaba en lo interior tan pobre y roto, que obligaba á importunarle que admitiese alguna ropa para mudar la que traía, sin condescender él en estos ruegos de sus súbditos; traía un jubón tan hecho pedazos, que más parecía un trapo viejo que jubón; la sotana tan vieja y rota, que cuando se quería revestir para decir Misa, era menester que el Hermano que le ayudaba le diese su sobreropa para guardar la decencia de su persona. En el tiempo de uno de sus rectoratos mandó hacer unos zapatos de venado, y tenía tanto cuidado en remendarlos, que afirmaba un Hermano que le acompañaba, que le duraron por tiempo de seis años; con tanto cuidado como éste vivía, en lo que tocaba á la santa pobreza. En el viaje que hizo á Roma por Procurador de esta Provincia, mostró bien el espíritu que tenía de pobreza, pues habiéndole entregado el viático que ordinariamente se suele dar á semejantes Procuradores, acabado el viaje y dadas las cuentas al Procurador de Provincia, halló que el gasto había sido notablemente moderado. Al tiempo de desembarcar en el puerto de la Veracruz, había prevenido por carta uno de los nuestros á una persona seglar devota, para que llegando el Padre á tierra le visitase. Hízolo y escribió á México al de la Compañía que se lo había encomendado, estas palabras: «Hice lo que me pidió vuestra reverencia, y hallo á nuestro Provincial tal, que no lo parecía en el traje pobre, y me edifiqué mucho de verlo;» lo mismo le notó otra persona en la Habana, cuando iba á España, diciendo cuánto se edificaba de cuán pobre y compuesto era en sus cosas el P. Nicolás de Arnaya. Argumento también fué de su pobreza, que acabando el oficio de Provincial, trajo á registrar al Padre Rector una memoria de cosas muy menudas para que pedía licencia, añadiendo al fin de ella que quitara todo lo que le pareciera; afirmando que quedaría tan contento con que lo negase, como con que lo concediese su reverencia; y esto, con palabras de mucha sumisión y rendimiento, como si fuera un muy rendido novicio.

En la pureza y castidad fué tal su compostura y modestia, que sólo ella y el venerable aspecto de su persona ponía respeto y veneración á los que le hablaban ó trataban, y sobre esto nunca se descuidaba de poner los medios que ayudan á conservar esta angelical virtud. Fué recatadísimo en hablar con mujeres; aunque fueran principales quería que su compañero se hallase presente, sin dispensar en esto. Uno de los compañeros del Padre cuando fué Provincial, con andar por tantos caminos despoblados y posadas, quedando en el campo muchas veces de noche, reparó que era tan grande su recato, que nunca descubrió un dedo de los pies; aun de sí mismo se recataba; y así, perpetuamente apagaba la candela antes de comenzar á desnudarse para reposar, y con el mismo recato se vestía antes que le diesen luz; quien le confesó muchas veces, y con quien hizo varias confesiones generales, afirmaba que era tal la pureza de su alma, que todo su cuidado ponía en reconciliarse y confesarse á menudo, y no sólo cada día, sino algunas veces al día, porque en ocurriéndole algún escrúpulo, recurría á su confesor.

No fué menos el cuidado con que procuró aventajarse en la santa

obediencia, en cuya virtud se esmeró, así siendo súbdito como siendo Superior. Siendo súbdito, se mostró siempre muy resignado en las manos de los Superiores, siendo muy puntual en todo lo que se le ordenaba; y así, como á tan buen obediente, siempre le tuvieron los Superiores ocupado en varios puestos, como al principio se dijo. A esta virtud se atribuían los buenos sucesos que tenía en todo lo que comenzaba, así en el aumento de las casas de que fué Superior, como fueron Tepotzotlán, Guadiana, San Luis de la Paz, como en las misiones en que se ocupó, cogiendo siempre copiosos frutos de sus trabajos. Y siendo Superior descubría también lo que estimaba esta virtud en el celo grande con que procuraba la observancia religiosa, velando sobre sus súbditos, para que el Instituto de la Compañía (de que tenía gran noticia y comprensión) se guardase puntualmente; mostrando con palabras y obras el celo grande que tenía de su observancia.

En la paciencia y sufrimiento se esmeró de manera, que dió singulares ejemplos á los que le trataron, y duró mucho tiempo la memoria de lo que padeció siendo Superior de Guadiana, donde en todas aquellas Provincias era tenido por varón santo. Pero el demonio, envidioso de su bien, para desacreditarlo, tramó esta maraña. Estaba el Padre ausente de su casa, despachó una carta á un súbdito suyo; esta carta la tomó en el camino cierto personaje seglar que estaba puesto en dignidad de Juez en aquella Provincia; abrió la carta, y añadiendo en ella algunas cosas falsas en agravios de terceros, hizo algunos traslados de ella, quedándose con la firma del Padre, cuyos traslados esparció por la Provincia. Turbóse toda la tierra, admirándose que tal persona, como el Padre Nicolás de Arnaya, escribiese semejantes razones; y pasó tan adelante este rumor y sentimiento, que vino el caso á noticia del Virrey de la Nueva España, y aunque tocaba esto al desdoro de su persona del Padre, nunca quiso que se tratase de su defensa, dejando esta causa á Nuestro Señor, y no se declarase la mala intención de quien tan sin razón le perseguía; pero Dios, que vuelve por los suyos, ordenó que por parte de la Religión se averiguase el engaño que en esto había intervenido; y así, se descubrió el ardid de aquel personaje; el cual, reconociendo el daño que había hecho, declaró la verdad delante de personas graves para satisfacer al honor del Padre que, viendo que se había corregido, le trató siempre como muy amigo, escribiéndole y acudiendo á lo que se le ofrecía de su agrado. Conforme á este sufrimiento y paciencia fué el que tuvo en otras dificultades y trabajos que se le ofrecieron, mostrando en ellos grande ánimo y serenidad en su semblante. A la ida y vuelta de Roma, cuando fué por Procurador de la Provincia, fueron muchos los trabajos y peligros en que se vió, en particular navegando con el buen número de compañeros que traía á la Nueva España, porque zozobró con una tempestad de suerte el navío, que fué menester repartirlos y dividirlos por otros navíos, porque no pereciesen todos, aunque sintiendo mucho apartarse de la buena compañía de su Padre, y él sentía no menos el no poder proseguir su viaje en compañía de ellos; en esta ocasión y peligro se notaba en el P. Nicolás de Arnaya una grande serenidad de ánimo y conformidad con la voluntad de Nuestro Señor, así en el tiempo de la tempestad como al apartar de sí á sus hijos y dulces compañeros. Y aunque con mucha caridad los admitieron re-

partidos en otros navíos, el Padre daba muestra de su mucha paciencia y serenidad de ánimo en estos trances.

En el celo de la salvación de las almas, como tan propio de la profesión é Instituto de la Compañía, fué muy señalado el P. Nicolás de Arnaya; toda la vida acudió á todo género de gente, así indios como españoles, no perdonando trabajo alguno por encaminarlos al Cielo, admirando á los que veían el peso de tan continuos trabajos como llevaba; y advirtieron muchas veces, que siendo Superior de Tepotzotlán, donde hay la variedad de lenguas que se ha dicho, le sucedía sentarse en el confesonario á las cuatro de la mañana, y entrado el día predicaba á los españoles y volvía después á sus confesiones, y á hora conveniente decía Misa y predicaba á los indios en una de las lenguas otomí ó mexicana, y acabado el sermón y Misa, su sustento y reposo era continuar las confesiones hasta la tarde, y hacía plática á los españoles y otra á los indios, en diferente lengua de la que había predicado á la mañana, y de esta suerte, venía á desayunarse á las seis de la tarde; y aunque le importunaban descansase á medio día, no condescendía con tales ruegos, teniendo por sustento acudir y confesar á los pobres indios. Tanto como éste era el fervor con que acudía á estos ministerios.

Con este mismo celo hizo muchas misiones entre la gente más bárbara é indómita del Reino, cuales eran los chichimecas, que dieron tanto que entender á los españoles, con la continua guerra que con ellos tuvieron y muertes que en varios asaltos les dieron. Pero el Padre, no temiendo el peligro, se entraba entre esta tal gente para doctrinarla y domesticarla; y así, en el asiento que el Virrey tomó en estos indios para que se diesen de paz, entre otros medios que tomó, fué que se hiciese una nueva población donde se congregasen para ser doctrinados é instruidos. Fundóse el pueblo con título de San Luis de la Paz; dióse orden que se edificase Iglesia y la administración se diese á la Compañía, como más latamente escribimos en nuestra historia de los «Triunfos de la Fe;» y los primeros que fueron señalados para este puesto, fueron el santo P. Gonzalo de Tapia, que después fué muerto á manos de los indios de Sinaloa, y el segundo el P. Nicolás de Arnaya. Lo mucho que en esta empresa padeció, se echó de ver en la gente tan belicosa y bárbara que domesticó en tierra recién conquistada y puesto donde aun lo temporal faltaba. Pero el fruto que se cogió y coge hasta el día de hoy en aquel puesto, muestra los buenos principios y fundamentos que el Padre echó en esta santa obra. Habiéndose divulgado la muerte del P. Arnaya, escribió al Padre Provincial un indio principal de fuera de México, dándole aviso de algunas cosas notables que los indios notaron en el Padre desde que comunicó con ellos, de que cuando el Padre predicaba en otomí, le entendían los indios mexicanos, como si fuera su lengua; y otros Padres que allí estaban, aunque sabían lengua mexicana, no lo entendían.

Caminando en otra ocasión á las misiones de Parras adonde iba por Visitador, haciendo sus jornadas por aquellos despoblados y donde á trechos había muchos ranchos y pueblos de indios, manifestaba un celo grande de ayudarlos en todo lo que pudiese; y así, aunque iba de paso, en cualquier pueblo que llegaba hacía diligencia para saber si había en aquellos montes alguna persona enferma para confesarla. Caminando, pues, con aquellos deseos, llegó á una ranchería donde ha-

lló una india, que pasaba de ochenta años, que estaba enferma; íbala el Padre instruyendo para confesarla, pero halló que aún no estaba bautizada; catequizóla, bautizóla, y fué con tan buena dicha de la enferma, que luego acabó la vida, pagándole Nuestro Señor con este consuelo el trabajo que en cooperar á la salvación de aquella alma había puesto. Otro consuelo en todo semejante le prepara Dios llegando á la misión de Parras, término de su viaje, donde le aguardaban los Padres de aquella doctrina, y tenían prevenidos muchos adultos catecúmenos, para que de manos del Padre recibiesen el santo Bautismo; señalóse el día, dióse principio por la mañana y duró hasta las cuatro de la tarde, porque el número pasaba de seiscientos, y aunque del trabajo le sobrevinieron unas graves calenturas que le tuvieron bien apretado, llevaba en mucho consuelo la enfermedad por haber sucedido por tal causa, que aun cuando hubiera costado la vida, estaba bien empleada. El tiempo que estuvo en pueblos de indios, les asistía y trazaba los edificios de sus pobres casas por atraerlos á poblado y sacarlos de puestos ocasionados á sus idolatrías. Beneficio que después reconocían los indios, y un principal de ellos escribió de Tepotzotlán, que á ninguno de la Compañía debía más aquel pueblo que al P. Nicolás de Arnaya, pues con su trabajo y cuidado los había hecho pueblo y buenos cristianos.

De este grande celo del bien de los prójimos nacía en el P. Nicolás de Arnaya la caridad para ayudarlos en sus necesidades y cosas temporales, moviendo Dios los corazones de muchos, para que por medio del Padre se hiciesen estas obras de misericordia. A unos daba el sustento, á otras personas ayudaba á tomar estado de Religión. Siendo Superior en una Casa de esta Provincia, donde sólo había escuela de niños de leer y escribir y aún no se habían puesto estudios de latinidad, y viendo que algunos de estos niños estaban ya aptos para aprenderla, se puso muy de propósito á enseñarles la Gramática, y pareció que Dios había echado su bendición á esta su diligencia y ocupación, porque casi todos sus discípulos siguieron la Iglesia en estado religioso y clerical, y en puestos mayores de Superiores en su Religión. Obras de caridad también fueron del P. Nicolás de Arnaya, el haber compuesto en no pocas ocasiones diferencias y dificultades que se ofrecían entre personas de autoridad, lo cual él conseguía con su mucha religión y prudencia.

El que para los extraños tenía tanta caridad, no la tenía menos con sus Hermanos, hijos y súbditos, y reparando un Padre en el cuidado que tenía en socorrer á los Padres que andaban en misiones en sus necesidades, y diciéndole que por qué no miraba por sí como miraba por los otros, la respuesta fué: «que de él no había que cuidar, que no había menester nada, pero de los demás sí, por lo mucho que trabajaban,» siendo así que á todos llevaba la ventaja en trabajar en todo género de ministerios. Los súbditos que á él acudían con cualquiera aflicción ó escrúpulo hallaban el consuelo, guardando muy grande secreto en lo que se le comunicaba; otras personas espirituales que trataban con él, quedaban muy consoladas y satisfechas con su doctrina y enseñanza. En España, cuando fué por Procurador á Roma, personas de grande espíritu y alta contemplación recibieron tanto consuelo y fruto con su trato, que prosiguieron después su comunicación por cartas. Con los libros espirituales que escribió, y muy en particular el compendio tan acomodado para todo género de personas de las meditaciones del P. Puente, ha sido de muy grande fruto, y por él se han hecho muchas impresiones de este librito y se ha traducido en varias lenguas. En todas partes fué tenido por varón verdaderamente espiritual, y los Padres que concurrieron á la Congregación en que fué electo por General nuestro P. Mucio Vitelleschi, hicieron mucha estima del P. Nicolás de Arnaya, y en esa Congregación fué uno de los diputados para las comisiones en que se tratase de cosas pertenecientes al espíritu.

Todas las virtudes que habemos referido de este religiosísimo varón, nacían y se conservaban con el ejercicio de su continua oración y trato que con Dios Nuestro Señor tenía. El despertador que entraba á dar luz por las mañanas, le hallaba ya en oración; ésta era muy continua y fervorosa, cuyos efectos no todas veces podía encubrir, aunque lo procuraba, particularmente cuando entre año se recogía á tener ejercicios, y se le notaba y reparaba un encendimiento en el rostro, que era indicio del amor divino que se encerraba en su pecho, sin poder reprimir algunas veces los sentimientos de ese divino amor y las lágrimas que cubrían su rostro. Caminando en las muchas y largas jornadas que se le ofrecieron en la Provincia, se hospedó algunas veces en casa de unas personas honradas y devotas de la Compañía, las cuales afirmaban que tenían en grande veneración al P. Nicolás de Arnaya, viendo su modestia tan grande, que les parecía estaba siempre en oración, y les obligaba á estar con mucho silencio cuando entrometía sus pláticas espirituales y santas, y que sucedió alguna vez, estando á la mesa con otras personas convidadas, ofreciéndose alguna plática espiritual (como lo eran ordinariamente las del Padre), quedarse por espacio de media hora fijos los ojos en un Crucifijo que allí había, y tan suspenso y elevado, que las personas que allí se hallaron juzgaban que se había suspendido en alguna muy levantada y alta contemplación. Un caballero de la Nueva España caminó en compañía del Padre algunos días, y acabado el viaje se encontró con uno de los nuestros, á quien dijo que no se atrevía otra vez á caminar con el P. Nicolás de Arnaya, y preguntada la causa, respondió que estaba admirado de ver la vida tan ejemplar que el Padre por los caminos hacía, pasando las noches en oración y penitencias, y que á él le ponía horror lo que había visto y experimentado. Lamentábase muchas veces de que, habiendo sido compañero en un tiempo del bendito mártir P. Gonzalo de Tapia, que después murió en Sinaloa predicando el Evangelio, que á él no le hubiera cabido la misma suerte de morir por Cristo y dilatar su santa fe, y éste fué tierno sentimiento que le duró toda la vida.

Anexas y juntas al ejercicio de oración del P. Nicolás de Arnaya, andaban otras señaladas devociones que tenía. La del Santísimo Sacramento fué grande, y en particular la mostraba cuando celebraba el Sacrosanto Sacrificio de la Misa, pegando devoción á los que se la oían y hablando con mucha ternura de este soberano misterio. Con la Sacratísima Virgen fué también muy grande su devoción, y cuando era maestro de novicios los afervorizaba en ella, y por mostrar el deseo que tenía de servirla, le dedicó y ofreció todas las obras que sacó á luz, para que con tal Patrona quedasen amparadas. Y con estas devociones fué singularísima la que tuvo con nuestro santo Padre Igna-

cio, mostrándola en palabras y obras. El fué el primero que la introdujo en Guadiana y todo el Reino de la Nueva Vizcaya, con el grande afecto, veneración y devoción que en él se tiene con el Santo, donde ha obrado los muy señalados milagros que escribimos, tratando de la fundación de ese Colegio; y así en toda aquella tierra le tiene por insigne benefactor y abogado.

Todas estas devociones y ejercicios de oración acompañó siempre el P. Nicolás de Arnaya, con continuas penitencias. Andando entre los chichimecas, se disciplinaba todos los días á mañana y tarde, y eran tan rigurosas estas disciplinas, que siendo después Rector de Tepotzotlán, admiraba á los de casa el mucho rigor con que se disciplinaba, obligando á veces á que llegasen á su puerta á decirle moderase el rigor de sus disciplinas, y porque fuesen más fuertes, las usaba de cuerdas y alambre. De estas penitencias tan continuas, quedó su cuerpo tan molido y con tales heridas, que le causó una enfermedad que le puso en peligro de la vida; fué menester llevarle en unas andas al Colegio de México, acudieron Cirujanos, siendo la cura muy penosa, abriéronsele muchas bocas en el cuerpo y fué necesario cortar parte de carne para atajar el cáncer y riesgo en que le tenían, quedando de la cura algo impedido en el andar, aunque con la modestia que siempre guardaba se disimulaba esta falta. No por esto después aflojó mucho en el rigor, porque siendo Provincial, y visitando la Provincia, llegó á uno de nuestros Colegios, donde uno de los sujetos que en él había no tenía noticia de las rigurosas penitencias que el Padre hacía, y pasando una vez para el coro á media noche oyó grande ruido en el aposento del Padre, que le causó grande admiración, y advirtiendo el rigor con que se disciplinaba, reparó en esto otras noches, y llevado de la novedad contó que pasaban de ochocientos los golpes, que recibía. Esta penitencia de tomar cada día disciplinas continuó hasta que cayó en la última enfermedad de que murió.

Con tales ejemplos de virtud remató el Padre el oficio de Provincial; retiróse al Colegio de México tan quitado de correspondencias y negocios, como si nunca hubiera tenido oficio alguno; ejercitaba el de Prefecto de las cosas espirituales, y éste era su trato, y para continuarle llamaba un Padre de casa, con quien comunicaba familiarmente, y hablando del Instituto de la Compañía, decía le había dado Nuestro Señor alto sentimiento de él, y á la verdad ese le tuvo toda su vida. Ocasionósele su muerte, según él mismo lo sintió, de que asistiendo á la muerte del Padre Visitador Agustín de Quiroz, y llegándosele algo cerca, le tocó el enfermo con la respiración, de que se sintió herido del mal de que murió; y aunque días antes andaba con un achaque de estómago, abundancia de flemas y falta de calor natural, andaba en pie y decía Misa cada día; sobrevínole una calentura, acudieron los médicos con medicamentos convenientes, haciendo sólo dos ó tres días cama; estaba tan conforme con la divina voluntad, y tan despegado de las cosas de esta vida, que sus ansias y deseos era verse con Dios y que se llegase su dichosa muerte. Y un día antes que muriese (aunque al parecer del médico no había peligro), llegándose un Padre á él y diciéndole que quería decirle un novenario de Misas por su salud, respondió: que ya que le quería hacer esta caridad, no le pidiese á Dios salud, sino una buena muerte; llegóse el día siguiente, que fué de purga, y aunque al principio se entendió que con ella me-

joraría, pero los humores le inquietaron de manera que le causaron un ramo de apoplegía; temióse el peligro, y el que con tanto cuidado se había confesado tan á menudo, y la noche antes de la misma manera, volvió otra vez á reconciliarse para recibir el Santo Oleo; tras de éste se le dijo la recomendación del alma, y de allí á una hora remató la carrera de sus trabajos con tanta paz, que más pareció un suave sueño que no muerte, dando principio á la eterna vida, como se esperó en la divina bondad; que fué á 21 de Marzo, día del Patriarca San Benito, año de 1623, siendo de edad de 65, de los cuales vivió los 48 en la Compañía, tan religiosamente como se ha dicho. Hízosele su entierro el día siguiente, con asistencia de las Religiones de la ciudad de México, de todos los nuestros que en ella hay. Los indios de Tepotzotlán mostraron su sentimiento en la muerte de su antiguo Padre, y por muestras de agradecimiento celebraron sus honras, ofreciendo por su alma sacrificios de Misas á Nuestro Señor.

CAPITULO XV.

Vida y religiosísimas virtudes del Padre Maestro Pedro Díaz, uno de los esclarecidos varones que fundaron la Compañía en el Reino de la Nueva España.

§ I.

Su entrada en la Compañía; es señalado para pasar á Indias; ministerios y oficios que ejercitó en la Nueva España.

Con razón juntamos aquí con la vida que habemos acabado de escribir del venerable P. Nicolás de Arnaya, la del religiosísimo Padre Maestro Pedro Díaz, compañero del P. Dr. Pedro Sánchez, porque lo fueron estos dos insignes varones en fundar felicísimamente la extendida Provincia de la Compañía de Jesús en la Nueva España; vinieron á ella juntos; sustentáronla muchos años con su doctrina, con sus admirables ejemplos de virtud y prudencia, amplificándola con su muy religioso y acertado gobierno. Títulos todos por los cuales esta Provincia siempre se tendrá por obligada á no echar en olvido los ilustres ejemplos y beneficios que recibió de tan insignes varones, de los cuales predica el Real Profeta que eran dignos de eterna memoria: «*In memoria æterna erit iustus.*»

Y para hacerla aquí en particular de los admirables ejemplos de virtud, prudencia y religión que nos dejó el Padre Maestro Pedro Díaz, me pareció poner aquí la carta en que los escribió á N. P. General Mucio Vitelleschi, el P. Nicolás de Arnaya, Provincial que era de esta Provincia, cuando pasó de esta vida el P. Pedro Díaz, que fué el año de 1618, y comienza así: «Escribo ésta con el dolor y sentimiento